

Cisne Negro

Nadie sabe quién es realidad el autor que publica bajo el seudónimo del Cisne Negro. La siguiente descripción, igual que los dos relatos que hoy publicamos, la tomamos de la revista Educación y Cultura Policial: “Es casi seguro que se trata de un policía, las historias que nos envía tratan sobre el diario vivir de los policías, por eso lo sospechamos. Cuenta los hechos detalladamente, con una sensibilidad casi femenina que lo hace reparar hasta en el mínimo detalle humano, así que también hemos sospechado que se trata de una mujer, tal vez una agente de policía de esas que se han formado en el trabajo de calle. O tal vez es hombre, un policía con espíritu de cronista que ha decidido contar la ciudad, sus aventuras casi surrealistas entre el tráfico, el calor y la bulla. Igual es sólo una sospecha. En realidad, hemos concluido que no nos interesa la verdadera identidad del Cisne Negro, lo importante son sus historias, vivencias de policías que merecen ser narradas y conocidas”.

Comentario

Del clase Pastrana y la agente Díaz Girón, los protagonistas de los dos relatos del Cisne Negro que antologamos, se

Azul espejo

puede decir que son personajes encantadores y, aunque no son totalmente realistas, están contruidos pieza a pieza con el molde de los policías que trabajan a diario en las calles de Honduras. En su nobleza y vocación de servicio, todos podemos encontrar un poco de esperanza. Sus aventuras están hechas con humor y un toque crítico que cuestiona con sutileza la eficacia de la justicia. Pero quizá lo mejor de estos relatos es que, a pesar de su brevedad, los personajes, a través de sus experiencias, van cambiando su punto de vista sobre un hecho, y con ellos el lector tiene también viaja, comparte sus peripecias, para ver las cosas de una manera diferente a aquella con la que empezó el relato. El lenguaje en que están narradas estas pequeñas odiseas cotidianas transmite el calor, la confusión de las calles y la idiosincrasia de las personas inmersas en los acontecimientos. Al leerlos se tiene la impresión de que somos curiosos en un mundo que está a la vuelta de la esquina, pero que no habíamos podido conocer.

¡Oficial, oficial, me acaban de asaltar!

Esta historia casi termina con el sonido del cerrojo de un arma y un contundente *¡manos arriba!*

Empieza como cualquier típica mañana en Tegucigalpa. El día está sumergido una ola de tráfico que parece interminable. No puede faltar el sonido de las bocinas y uno que otro insulto de algún ciudadano alterado porque va tarde a su trabajo o cualquier otro lugar de destino. Creo que a veces se trata de gente que sólo sale a pasear e insultar porque está aburrída. Los escapes de los carros truenan y expelen una humareda negra y caliente que se te queda pegada en la piel y en los conductos nasales.

Este escenario es algo que nuestros agentes de tránsito están acostumbrados a ver. Costumbre que han adquirido no por placer, sino porque el ejercicio de sus funciones así lo ha obligado. Aquel día todo parecía marchar normal y el clase 1 Pastrana sonreía con una especie de júbilo matinal: al finalizar el tráfico más pesado se avecinaba una mañana tranquila. Al menos eso creían él y su compañera, la agente Díaz Girón, quienes se encontraban ejerciendo sus labores frente al Estadio Nacional de Tegucigalpa.

Azul espejo

Faltaban sólo unas horas para finalizar su turno y ellos se imaginaban con taza de café negro y dos mámaras enormes frente al negocio de doña Chona. De pronto pasó eso a lo que todos los policías le temen antes de finalizar su turno de servicio, un evento inesperado de esos que obligan a las personas habitualmente calmadas a hablar rápido y entrecortado. Al principio parecía algo inocente: a lo lejos, una persona se acercaba cada vez más, con prisa y desesperación. Se trataba de una señora que acababa de tener el peor de los sustos, se miraba colorada, sus nervios estaban a flor de piel. Y gritó:

—¡Oficial, oficial! Mire que ese señor nos acaba de asaltar y anda armado.

—¿Dónde? ¿Quién? —dijo en el acto el oficioso Pastrana.

—Ese que va allá, subiéndose en ese bus, con el suéter rayado.

—¡Haga algo, por favor!

Inmediatamente el policía corrió tratando de alcanzar aquel bus donde se trasladaba el dueño de lo ajeno. Cuando este hombre observó que alguien lo seguía, miró hacia todos lados como bestia acorralada y decidió abandonar la unidad de transporte justamente frente al semáforo, que en ese momento cambiaba de color verde a

rojo. Nadie juzgue mal una decisión tan atolondrada, hay que recordar que en situaciones de estrés no siempre decidimos bien.

El policía, que en ese momento llevaba una cuadra de desventaja, apenas observó la acción del delincuente, pero en ese instante le vino una idea a la cabeza. Sin dudar, abordó la parte trasera de una motocicleta cuyo conductor se encontraba en primera línea esperando el cambio de semáforo. Con voz firme y como si se tratara de algún subalterno, le ordenó al sujeto: ¡Sigamos a ese hombre que es un ladrón!

El joven motociclista, que en ese momento fue recorrido por un escalofrío que le hizo temblar desde el bajo vientre hasta la barbilla, sin dudar y con mucho entusiasmo acató la orden. Aceleró cuanto pudo, imaginándose como uno de los personajes principales de esa aventura inesperada.

Con la adrenalina corriendo por su sangre, Pastrana, desde la parte de atrás de la moto, prestó atención por primera vez a su compañera. No le había dado ninguna instrucción, por lo que no esperaba que imitara su acción, pero ella estaba justo a la par, en otra motocicleta, con aire de estar persiguiendo una fiera en un safari.

Azul espejo

El ladrón mientras tanto corría como un atleta olímpico entre la multitud. Tomó entonces por un pasillo estrechísimo por donde las motocicletas no podían seguir. Los policías se bajaron rápidamente y, antes de seguir, agradecieron a los ciudadanos por su gran colaboración en la persecución. De ahí en adelante continuaron la búsqueda “a pie”, interrogando a varias personas sobre el destino del delincuente. Las respuestas obtenidas eran “*por sí abí se metió*”, “*agarró derecho*”, “*por ahí*”, “*dobló a la izquierda*”, “*lo vi correr hacia la derecha*”, etc. Era como como ser un barco de velas en medio de un huracán.

Al fin llegaron a una cuadra llena de negocios, entre ellos una tienda de ropa usada.

—*Empecemos por aquí* —dijo Pastrana—. *Quédese usted afuera por si sale* —le indicó a su compañera.

La gente se reunía en lugar como atenazada por la curiosidad. Reaccionaban asombrados a lo que sucedía, atentos a la escena que ante ellos se presentada, olvidando así la cotidianidad del día, el calor y hasta el desempleo.

—*Señora, disculpe, buenos días, andamos buscando una persona que acaba de asaltar un bus* —le dijo Pastrana a una abuelita que estaba enfrente de una venta de ropa y luego *procedió a describir la vestimenta del sujeto. —Creemos que aquí está—.*

—*Aquí no está*—dijo la señora, algo nerviosa y pedante—, *pero pase*.

Una vez dentro de la tienda, Pastrana observó con detalle a cada persona que se encontraba ahí. Le llamó la atención un tipo que usaba una gorra y fingía buscar ropa en uno de los percheros. Su intuición de policía le permitió pronunciar con satisfacción un pensamiento en voz alta: *jeste es!*

—*Caballero, permítame su registro*.

El hombre hizo el intento de moverse y se llevó una mano a la cintura, como buscando un arma. Pastrana reaccionó rápidamente, sacó su arma, le quitó el cerrojo y pronunció un contundente: *¡Manos arriba!*

En su intento de evadir la justicia el asaltante ya se había cambiado de ropa. En el registro de su mochila encontraron un suéter rayado, una navaja, un par de patines, un pasamontaña, una cartera de mujer y, lo más sorprendente, un arma de juguete.

Pastrana salió de la tienda como un héroe, con el sujeto “esposado”, en un pequeño desfile acompañado de expresiones de aprobación. “¡Esta bueno que atrapen a esos ladrones!”, se escuchaba decir a la multitud de curiosos.

Azul espejo

Lamentablemente, al regresar al lugar donde comenzó la persecución, ya no se encontraba la señora que informó sobre lo sucedido. Se había marchado y con ella se llevó la posibilidad de anteponer una denuncia formal para encarcelar un buen tiempo al ladrón. Se remitió al susodicho a los tribunales con la evidencia presentada, pero el fiscal determinó que no era suficiente. Y es así como la hazaña del día terminó con una simple remisión de 24 horas en una de las postas de Tegucigalpa.

El resto de la mañana, Pastrana y la agente Díaz Girón miraron cómo el tráfico se hacía cada vez más raro y pensaron que a las 12 del mediodía habría una ola de carros interminable, que el pavimento estaría tan caliente que podrías hacer tortillas en él y ellos estarían donde doña Chona. Sonrieron mientras cada uno se imaginaba tomándose un fresco bien helado.

—*En la tarde nos tomamos el café*—dijo Pastrana. En la calle, un taxista gritó algo que se perdió en el viento.

Ese pájaro es mío

El clase 1 Pastrana se paró frente al avión y sintió miedo. Pensó que iba extrañar el humo de Comayagüela, los gritos de los conductores y, claro, la sonrisa de la agente Díaz Girón. Recordó la vez que persiguieron, como copilotos en las motos de dos ciudadanos voluntariosos, a un ladrón cerca del Estadio Nacional. Es tigre Díaz Girón, se dijo cariñosamente. En ese momento nunca hubiera pensado que una niña terminaría robándole y que un mensaje le causaría tanta risa y tanta cólera.

El comandante lo había llamado y simplemente le había dicho “usted va para Europa mañana, Pastrana”. Él sintió el resplandor del asfalto, el calor del mediodía que subía desde sus botas tácticas hasta la coronilla de la cabeza, donde se encontraba con los rayos del sol de agosto, y alcanzó a mirar cómo un ciudadano le sacaba el dedo índice a otro desde la comodidad del aire acondicionado de su vehículo.

—Entendido, señor.

—Pase a recoger el boleto. Va a estar un mes allá capacitándose sobre cómo el cambio climático genera delincuencia. Póngase tigre que todo lo que aprenda allá tendrá que usarlo para mentorizar a sus compañeros

Azul espejo

cuando regrese acá.

Eso lo había traído a las puertas de este avión, pero antes a la sala de espera de un aeropuerto que le recordaba la estación de buses del mercado —aunque sin el olor a ciudadano asoleado—, al carro de un amigo que le había dado jalón y a la posta donde guardaba sus pertenencias en la maleta vieja que ahora llevaba en la mano. Ya estaba un poco arrepentido de caminar hacia el tubo de metal donde volaría nueve horas sostenido sobre nada. Incluso las calles de Comayagüela le parecían ahora más seguras.

Se detuvo a comprar un café en el Espresso Americano, mientras alguien decía “grupo dos por el altoparlante” y todos corrían hacia la puerta de embarque, como si no hubiera suficientes asientos en el avión. Miró su boleto: Asiento 20G, al centro, tendré que aguantar las ganas de mear, pensó. Le dio ganas de pedir rebaja, pero ya era demasiado tarde. No podía llamar al comandante y decirle “Señor, no puedo ir porque tengo problemas familiares”, después de todo ya tenía listo su uniforme diario, sus pantalones más elegantes, sus camisas de salir y sus dos pares de calcetines en la maleta. Allá compraré unos calzoncillos europeos había pensado mientras metía todo con orden aprendido en la maleta.

Se sentó, sacó las mamas que había comprado en la pulpería de doña Chona y volteó para ver la fila. Entonces miró a la niña, Tenía cara de pasajera.

—Señor, usted me cae bien, así que quiero venderle este pajarito.

Era un ave de madera con un imán, uno de esos adornos innecesarios que se pegan en las refri.

—No tengo dinero, hija --contestó Pastrana.

—Como usted me cae bien, se lo voy a regalar entonces.

—No puedo aceptarlo --hija.

—Yo se lo regalo, señor.

—Y a cuánto lo vendés

—100 lempiras.

—No tengo tanto dinero.

—Es que yo se lo voy a regalar.

—Está bien, te doy 50 por él.

—No, señor, yo se lo regalo.

—No puedo aceptarlo, tomá, deme el vuelto.

—No tengo dinero, señor, no puedo darle los 50 vuelto.

—Está bien, dame el pájaro y quédate con los cien.

—Gracias, señor.

Azul espejo

Pastrana tomó el pájaro. Era una guara. Las alas temblorosas estaban hechas de resortes. Era bonito e ingenioso, pero no valía más de 30 pesos. La niña se fue hacia el Espresso y compró un Mocaccino Supremo, luego caminó hacia la fila. Pastrana no se sintió estafado, más bien tenía la impresión de haber hecho un bien. Se sentía tan feliz que al principio no escuchó a la mujer que estaba parada junto a él.

—Disculpe, señor, ese pájaro es mío, es un regalo para mi hijo, se me cayó, lo he buscado mucho por el aeropuerto, no pudo dejar de llevárselo a mi hijo—. Habla con unas erres extrañas, quizá alemanas o rusas, pensó Pastrana con sus pocos conocimientos de los acentos del mundo.

—¿Perdone?

—Señor, le digo que ese pájaro es mío.

—Y cómo sabe que es su pájaro.

—Porque tiene escrito el nombre de mi hijo en el pecho, Fabián, se lo compré así.

Pastrana volteó el pico del pájaro hacia arriba y leyó lentamente, como si estuviera escrito en otro idioma. Tiene razón, pensó, y giró la vista hacia la fila, hacia donde

se había dirigido la niña. No la vio. La señora extendió la mano, Pastrana le entregó el pájaro con una sonrisa.

—Qué bueno que su hijo estará feliz, señora. Lo acabo de encontrar botado, pero me alegra hallar al dueño —esto es lo que hace un buen policía, se decía en su mente.

La señora le dijo gracias, tomó el pájaro y se fue hacia la fila. Pastrana miró el celular, abrió el wasap y leyó el último mensaje de la agente Diaz Girón. Se recostó en la silla. No podía creerlo. Estaba enojado, pero lo que leyó le pareció tan tonto que también le daba risa. ¿Qué habrá detrás de todo esto?, se decía, mientras tomaba su mochila para luego caminar hacia la fila. No había restos de la mujer ni de la niña. Afuera empezaba a llover. Pastrana miró el avión y volvió a recordar que le daba miedo volar.